

RELATOS DEL CONFINAMIENTO

Hoy no ha amanecido

Hoy no ha amanecido. Persiste obstinada la noche oscura de ayer, de anteayer, de ante anteayer... ¿Acaso alguien o algo la apagó...? No sé, no lo recuerdo... ¡Hace más de treinta, de cuarenta, de cincuenta días que no amanece... y desvarío! La semana pasada estaba jugando con las horas (las vuelvo locas), pues en este confinamiento me entretengo simulando perder y encontrar el tiempo, y luego volverlo a perder: me gusta perderlo, el tiempo digo, después de haber sido esclavo del reloj durante tantos años. Pues bien, en éstas estaba cuando me quedé dormido, no sé si era por la mañana, por la tarde o por la noche; lo que sí recuerdo es que soñé que estaba muerto, pensando desde mi tumba, y se me ocurrió discernir que sólo los muertos piensan, que los vivos no pueden, y yo me encontraba en un camposanto preñado de silentes pensadores. Y me dije desde la negrura de mi cómodo ataúd: *“Pero ¿pienso, sueño, deliro...? No me devanaré los sesos dilucidándolo ahora que disfruto del dulce descanso del muerto...”* Y me desperté, ¡está claro que desvarío!, son muchos días peleándome conmigo mismo y con mis pensamientos y eso pasa factura. Pero lo cierto es que no sé quién va ganando, si mis pensamientos o yo, si yo o mis pensamientos...

Menos mal que tengo en mi casa, conmigo, a mi perra, una preciosa collie llamada “Luna”. Hablo mucho con ella, y con mis anturios: en algún libro leí que hablar a las plantas no sólo relaja sino que “ellas” te “entienden”, lo “agradecen” y te obsequian vistiéndose con sus mejores galas (el desfile de modelos lo hacen ahora, en primavera). Pues eso, que como estoy solo (sin compañía humana quiero decir) y no temo que nadie me tilde de comportarme como un orate, pues lo confieso: ¡hablo con mi perra y con mis plantas! Al menos no me llevan la contraria ni me dejan, como a Quevedo, con el culo al aire. Al que sí dejaron el otro día con las nalgas al viento fue a un vecino del inmueble de enfrente. Resulta que el hombre salió con cuchara y cacerola con la evidente intención de “acompañar” las palmadas que a las ocho de la tarde damos los españolitos de a pie para homenajear, principalmente, a los sanitarios que están en primera línea combatiendo contra las guerrillas del coronavirus de las napias, camufladas de SARS-CoV-2, COVID-19 o como quieran denominarlo virólogos y epidemiólogos. ¿Y qué sucedió? Pues que los vecinos que aplaudían le abuchearon afeándole su proceder y pidiéndole que expresara su descontento a otra hora, y es que algunos se aprovechan de la democracia y de la libertad de expresión para fomentar el enfrentamiento y el odio, y claro, quien siembra vientos recoge tempestades...

Hablando de aplaudir, yo me quedo con lo que dijo uno (seguro que alguien que también desvaría...) sobre la gozada que es hacer el amor a las ocho menos cinco de la tarde porque luego, al escuchar los aplausos de la vecindad, te llevas un subidón de aúpa... En fin, que hay gustos y opiniones para todo. Bueno, me voy a charlar un rato con mi perra y con mis anturios; quiero contarles que estoy convencido de que mañana, pasado mañana o tras pasado mañana se encenderá esta obstinada noche oscura y por fin amanecerá: ¡vislumbro luz al otro lado del túnel!

Antonio Rojas
Peldaño